

¿Amor?... Puertas afuera.



Viviana Bordero

Una mujer se encuentra sentada en una silla en el centro del proscenio. Se mueve, se la siente ligeramente nerviosa, agarra su cartera, sonríe. Por lo que comienza a decir nos damos cuenta de que se encuentra en el consultorio de un psiquiatra.

SUSANA:

Yo lo que quiero es volverme fuerte. Es que verá, para mí esto es muy complicado, pero yo soy una cojuda, ver . O sea, disculpe, pero mejor, hablemos a calzón quitado, porque si una viene acá al psicólogo es para decir las cosas como son. O sea yo no s  pero yo ya no puedo más. Esto tiene que terminarse. Yo le digo, y usted me tiene que ayudar. (pausa) Yo tengo amigas, doctor, o sea no es por nada, pero a ellas les va muy bien en la vida, doctor. O sea ver  tengo esta amiga que consiguió que un hombre muy rico, muy respetable, casado, le ponga apartamento con tarjeta gold, doctor. La Liliana, por ejemplo, la Liliana me dice que ella no se acuesta con nadie sin antes revisar la billetera. Que ella no se excita si no revisando la billetera que est  llena de efectivo y de tarjetas. Yo en cambio hasta ahorita estoy esperando que el Jerónimo me pague el préstamo. Me dijo pues que lo que me pedía prestado era sólo por unos días que ya me iba a devolver enseguidita. Ya han pasado dos años doctor, yo creo que nunca me va a pagar, no, nunca me va a pagar. Entonces por qué una tiene que ser tan bruta, tan cojuda. Yo estoy decidida a cambiar. Yo ya no quiero más.

Hace unos dos años yo me conseguí un novio. Vea, doctor, que maravilla que era Jacinto, se llamaba. Bueno, ten  plata, porque es importante que tengan plata. Bueno, el Jacinto plata ten , hasta yate y el yate que lindo, hasta a mis amigas les daba regalitos. Todas me decían que le hiciera caso. Feo no era, no era feo, parec  el Correa, sólo le faltaba la banda

presidencial. ¿Cómo? ¿Qué que pasó? No, no me hice la difícil, qué va. Lo que pasa es que ha tenido moza, sí moza ha tenido. ¿Y quién cree que era la moza? La moza he sido yo, doctor, yo.

Por eso, doctor, esta vez estoy decidida. Le he venido a ver porque dicen que usted es de los mejores.

Ya doctor, yo estoy decidida a hacer lo que me diga, pero yo le voy a olvidar al Luis, sí, doctor, yo le voy a olvidar.

¿Cómo? ¿Qué esta semana no le debo llamar?

Y cómo me dice eso, cómo no le voy a llamar.

¿Qué así él me va a buscar?

Ay, doctor, no me diga.

No puedo, enloquezco.

GERARDO

Un hombre de edad mediana entra al consultorio psiquiátrico. Se sienta.

Buenas tardes, doctor. Gerardo Tapia a las órdenes. Verá, yo debo empezar aclarándole que nunca en mi vida he venido a ver a un psiquiatra porque yo la verdad no creo en eso. No es por ofenderle ni mucho, menos, no, cómo va a creer. Pero yo la verdad, verdad es que nunca he creído en los psicólogos, psiquiatras, como se llamen. Es que, yo pienso que se hacen la plata muy fácil. No se me vaya a resentir, no, no se le ocurra y discúlpeme si le ofendo, pero es que los psiquiatras son para las mujercitas. Uno cuando es hombre tiene que aprender a aguantarse las cosas que le pasan como macho, así nomás es.

(PAUSA)

¿Qué entonces por qué vengo? Sí, la verdad es que tiene toda la razón, porque ninguno de mis amigos viene al locorio. Y que ni se enteren, porque ahí queda la reputación. (PAUSA)

Vengo a verle, doctor, porque estoy desesperado. Me dejó mi mujer, doctor. Yo es que hasta ahora no me creo que esto haya pasado, que esto me haya pasado a mí. Esta tonta cree que me puede dejar así nomás. Y ahí anda hecha la pizpireta, la no sé qué, haciéndose la guapa, que liposucción, que no sé qué, mirando para un lado, para otro, cuando ella no tenía ojos más que para mí, doctor.

No, es que esto a mí me tiene mal. (PAUSA) ¿Cómo? (PAUSA) ¿Que si tengo algo de culpa? (LO MIRA PASMADO) Sinceramente no creo que yo tenga la culpa, doctor. Yo no creo que sea mi culpa. (SIGUE PENSANDO) Yo soy un hombre razonable, y la verdad es que yo no pienso que yo tenga la culpa. Ella, ella es la que está mal, ella que yo no sé qué se cree, la bruja, le brujéeeeeee!

Pero la verdad, doctor, es que estoy mal. No puedo, no puedo. Yo creo que me voy a terminar matando, doctor. Porque el matrimonio tiene que ser para toda la vida, no es así nomás. Y ahora, ya le veo como se pasea, con las ropas todas apretadas, así toda ella mostrando todo. Y yo no puedo, no, doctor. Usted me tiene que ayudar. Me tiene que ayudar.

LETICIA

Una mujer guapa, con aire digno llega al consultorio del psicólogo. Lleva puestas unas gafas, un impermeable y una cartera que no suelta.

Se sienta y se queda un buen momento en silencio.

Sí

Silencio.

Bien.

Silencio.

No.

Silencio.

Sí.

Silencio.

No.

Silencio.

Sí.

Cuatro veces.

Silencio.

Qué tiene de malo que haya estado casada cuatro veces. Elizabeth Taylor se casó ocho veces. Lo único que yo le puedo asegurar es que en las cuatro me casé virgen. Sí, ¿no me cree? (Ríe burlona) Yo soy muy seria y muy decente doctor, no como el cojudo de Fabricio. Él se fue doctor, porque una pupera, descaderada de veinte años le tiene perdido al pendejo que también se cree pues ahora de veinte.

(Silencio.)

Enviudé dos veces.

(Silencio.)

Me divorcié una vez.

(Silencio.)

Esta vez no me quiero separar.

(Silencio.)

Pero yo le dije que se fuera. Es que una tiene su orgullo, doctor.

(Silencio.)

Y se fue.

(Silencio.)

No.

(Silencio.)

Es que no tenía que irse.

(Silencio.)

Porque yo le dije que se fuera, pero no tenía que irse. Tenía que arrepentirse. Tenía que pedirme perdón de rodillas. Y yo me hubiera hecho la difícil un tiempo, pero luego le hubiera perdonado, porque yo no me quiero quedar sola, doctor.

(Silencio.)

Porque una dice las cosas, pero no es para que obedezcan al pie de la letra.

(Silencio.)

(Molesta) ¡Como que si yo le dije!

(Silencio.)

Pero eso que sí, le dije, le dije, pero no tenía que hacerme caso.

(Silencio.)

Y ahora se fue.

(Silencio.)

Y ahora no sé qué voy a hacer.

Se queda muda mirando fijamente, sin moverse.

Luego cambia la pierna que estaba cruzada, del un lado al otro.

INT. SALA O CUARTO DE SUSANA

Susana se pasea de un lado a otro con desesperación. Lleva un celular en la mano.

SUSANA: No debo llamarle, no debo llamarle

Marca un número.

CELULAR: Buzón de mensajes. Después del tono deje su mensaje.

Susana respira. Cuelga el teléfono.

SUSANA: No debo, no debo, no debo. El doctor dijo que no le llame, que no le llame, que no le llame.

Camina.

SUSANA: Cómo me puede pedir el doctor Luzmendi que no le llame. No puedo, no puedo, no puedo.

Se bota al piso, se arrastra, gatea de la desesperación.

Vuelve a marcar.

CELULAR: Bienvenido a la central de mensajes. Después del tono deje su mensaje.

Cuelga.

SUSANA: Eres un maldito. Tú crees que me puedes hacer esto.

Toma un libro.

Lee en voz alta algo de un libro de autoayuda.

LIBRO: Al hombre le gusta la conquista. Al hombre le gusta la lucha. Usted debe ser una presa difícil de conseguir, mientras más difícil sea usted más desesperado por usted va a estar él.

Agarra un bolsa de papas o Kchitos. Empieza a comer con voracidad.

Marca otra vez el número.

CELULAR: Bienvenido a la central de mensajes. El abonado a quien acaba de llamar no está disponible. Después del tono deje su mensaje.

Susana se sienta y esta vez no cuelga. Toma aire.

SUSANA: Verás Alberto, es Susana. Eres un maldito. No tienes derecho de hacerme esto. ¿Pero sabes qué? Alguna vez lo vas a pagar, porque todo se da la vuelta en la vida. Te cuento nomás para que lo sepas. Claro que esto no te importa ahurita, te estarás riendo de mí. Pero en algún momento vos también vas a sufrir, no te creas y entonces yo me reiré de ti, bueno no me reiré, porque yo soy buena, porque no soy rencorosa, porque no quiero que sufras como yo he sufrido, bueno sí quiero que sufras, un poco, bastante, la verdad, porque no hay derecho. Es que qué más te quieres, una mujer guapa como yo, buena, que se preocupa por ti,

te cocina, te organiza tu ropa porque siempre te llevo los ternos a la tintorería y hasta que hace cerámica. ¿Qué más te quieres? Y vos cada que te preparo el cebiche, ah, no está mal, no está mal, no está mal. ¡Está delicioso, pendejo!

CELULAR (INTERRUMPE) Su tiempo ha concluido.

Susana mira el celular desesperada.

Se echa a llorar.

Agarra el celular y marca un número.

SUSANA: Aló, ¿ñañita? Hola ñañita, ¿cómo vas? Bien, sí, todo bien. No, como crees, ahí aguantando. Sí, el doctor Luzmendi dijo que me haga la difícil y que no le llame. No cómo vas a creer que le voy a llamar, una tiene su orgullo, hermana. Sí, me estoy haciendo la difícil. Pero por supuesto, si la idea es tenerle comiendo de mi mano. Sí, eso dice el libro que me prestaste yo sé y que a ti te va de maravilla. (Hace gestos de malestar) Por eso mismo. (Pausa) ¿Y vos nunca, nunca le llamabas? (Pausa, escucha) Claro, es que así hay que ser. Y él, claro, te buscaba como loco. Claro. No si yo voy a estar dura, ñañita, pero por supuesto. Ya ñañita, ya, sí ya me voy a acostar que estoy bien cansada. Chao, ñañita, chao.

Cuelga, se da las vueltas. Sigue comiendo de la bolsa con compulsión.

Agarra el celular y vuelve a marcar.

CELULAR: Bienvenido a la central de mensajes. El abonado a quien acaba de llamar no está disponible. Después del tono deje su mensaje.

SUSANA: Verás Alberto, yo quiero decirte que yo voy a ser fuerte y que vos has de sufrir porque ya no te he de llamar más. Ahí quiero verte. Me

has de rogar y me has de rogar y yo te he de decir que no. Que no te he de decir. (Cuelga)

Se queda sentada. Camina. Se desespera. Vuelve a marcar.

CELULAR: Bienvenido a la central de mensajes. El abonado a quien acaba de llamar no está disponible. Después del tono deje su mensaje.

SUSANA: Alberto, si no me llamas yo no voy a poder dormir. Por favor Alberto. Alberto es que yo te quiero y yo sé que tú me quieres. Ya me estoy preocupando. Algo te ha de haber pasado. Alberto, verás, yo te voy a preparar mañana una cena de chuparse los dedos, el steak a la piedra que tanto te gusta, Alberto, porque yo te amo y te pido que me perdones. Alberto, lo que tú quieras ya, lo que tú quieras. Alberto.

Susana cuelga el teléfono. Vuelve a marcar.

SUSANA: Alberto, estaba pensando también hacerle de entrada las patas de cangrejo que tanto te gustas. Y como juega la Liga contra el Barcelona, yo me pierdo Amas de casa desesperadas, no importa, estaba buenísimo y se quedó bien interesante, pero no importa, yo me pierdo. Alberto, contesta, por favor, no voy a poder dormir y mañana tengo que trabajar. Alberto, Alberto.

Susana sigue sollozando y hablando.

Las luces se van bajando.

LETICIA:

CUATRO MUJERES JUEGAN CARTAS.

Una mujer se sienta con unas cartas.

ADELA: (Comentarios de cartas) Yo, si quieren que les sea sincera me divierto horrores leyendo las noticias sensacionalistas, y ahora leo, pues de esta mujer. Bueno, es que verán, el asunto es complicado. Resulta que en los Estados Unidos nacen unos mellizos, me parece que en el hospital de Boltimore, pero qué resulta que son de diferente padre. Ustedes, amigas, se preguntarán cómo es que esto es posible. Ahí está la muy zorra. Se acuesta con el marido y dos horas más tarde se acuesta con el amante. Conclusión, se queda encinta porque estaba sometiéndose a un tratamiento para la fertilidad. Ahí, está nomás para que vean la muy zorra.

IRMA: Eso no es nada el otro día va una señora a la radio donde hay un programa de un psiquiatra, con problemas de amor. Doctor, qué será, dice, doctor, qué será, yo todo le he perdonado, todo. Verá, se metió con una, le perdoné, se metió con otra, le perdoné, se metió con mi hermana, le perdoné, se metió con mi mamita y convivió con mi mamita, le perdoné, y entre tanto préstamo va, préstamo viene y yo quedándome sin medio. Todo le perdoné, hasta que me armé de valor, pero ahora, es mi vecino, doctor y tiene algo, algo tiene que otra vez se me acercó y yo nada le puedo negar y le sigo perdonando.

LETICIA: Tiene la muy cojuda que le encanta meterse a la cama con él.

ANA: Porque ha de tener un buen... (Hace gesto de que tiene una buena verga.)

IRMA: Porque así somos de imbéciles todas, porque nos dejamos, porque trapean con nosotros. Yo como sufrí con el Federico, cómo sufrí.

ANA: Ah, conmigo no, conmigo no. Mi marido, el Jacinto, sólo ojos para mí, sólo ojos para mí.

ADELA: Pasa que mi Luchito está bien enamorado. Lo que pasa es que la legítima le abandonó y un hombre no puede pues estar solo. Ella es la culpable porque ella le abandonó y entonces ella ahora me escribe que no está de acuerdo con el comportamiento de mi Luchito, que ella es la legítima esposa, pero yo digo para qué le deja, un hombre no puede estar solo. ¿Y tú cómo estás Leticia? ¿Muy tristes, preocupada?

LETICIA: Bien. Todo bien. Estoy buscando mi matrimonio interior.

IRMA: (Mira a Ana) ¿Qué es eso?

Ana niega con la cabeza.

ANA: Ya mismo ha de volver el Fabricio. Siempre se les va la baba por las jovencitas. Pero a la final vuelven. Así le pasó a la Marjorie. La Marjorie, regia pues de toda la vida, pero ya le fueron pasando los años y el Remigio se fija pues en esta guambrita. En porche salían y a éste cada que había viento se le levantaba el pelo que creo que se pegaba con La Brujita y se le veía toda la calva.

Cada personaje tose en señal de que no le creen o hacen algún gesto.

GERARDO LLEGA A CHUPAR CON SUS AMIGOS

GERARDO: Qué dice, Mono.

MONO: Qué dices, Gerardo.

GERARDO: Y vos, Cenicero, cómo vas.

CENICERO: Todo bien, hermanito, todo bien.

GERARDO: ¿Y vos, canillas?

CANILLAS: Ahí, ahí, Gerardito y mismo mismo se fue la susodicha.

GERARDO: Ya estoy libre, pues, faltaba más, que bien que me siento.

ZURDO: Quién pudiera estar soltero como vos, pero yo hoy me amezco con ustedes, hermanitos, me amezco, porque no hay nada como reunirse con los amigotes, me amezco y llego a la casa eso más bravo, que no me vengán a joder.

CANILLAS: ¿Bravo? Qué buena idea, yo también entonces.

ZURDO: (Ríe) A vos te zumban, por más bravo que llegues. Claro, es que las mujeres son como los toros.

GERARDO: Como las vacas querrás decir.

ZURDO: Como los toros, ganadería fina. Hay que saber torearles, es todo un arte, no se crean.

PEDRO: No, no, qué van a ser como los toros, son como las culebras. ¿Y a la culebra que hay que hacerle?

CANILLAS: Ah, no sé hermanito, no dejar que se te enrosque.

ZURDO: Ay, siempre se enroscan, justamente ese es el peligro que después uno termina ahorcado. Por eso mismo lo que hay que hacer el pisarles. A la culebra se le pisa.

RIEN

CANILLAS: Verdad es que las mujeres deberían andar veladas.

GERARDO LO MIRA CURIOSO.

GERARDO: ¿Cómo dices?

CANILLAS: Que el otro día me pongo pues a mirar un documental que pasan en la televisión y veo pues que los musulmanes han sabido velar a las mujeres. Les pones unas túnicas como de ¿cucuruchos? Y sólo los ojos se les ven.

GERARDO: Sí he visto yo.

ZURDO: Y eso que les hace.

CANILLAS: Nada, no les hace nada, más bien bien les hace porque no se les ve pues.

GERARDO: No pueden mostrar nada.

CANILLAS: Sólo los ojos.

GERARDO: No pueden coquetear.

CANILLAS: Nada, no pueden nada. Si muestran algo les apedrean.

ZURDO: Eso no vale.

GERARDO: Sí, a la mujer ni con el pétalo de una rosa.

ZURDO: No, no, por eso.

GERARDO: ¿Entonces?

ZURDO: Lo que pasa es que ahí se te enamoran, pues.

TODOS RIEN.

GERARDO: A mí me parece una gran idea que las mujeres vayan veladas, yo creo que ahora que se han dado estas relaciones con el Irán el presidente debería poner un decreto. Vos que tienes contactos con el gobierno, hermano, sugiérele.

CANILLAS: Claro y así no nos peleamos entre los amigos, pues.

GERARDO: ¿Cómo así?

CANILLAS: Como así, como así, porque así uno no desea a la mujer del amigo, uno le visita tranquilo.

GERARDO: Vos le habrás deseado a la Doris.

CANILLAS: No, hermano, no, es un decir.

ZURDO: Sí le veías con ganas no niegues, ahora que ya están separados puedo decir.

GERARDO: A ver, a ver de qué están hablando.

CANILLAS: De nada, hermano, de nada, vele al encamoso.

Ay, hermanos, yo si estoy bien triste, porque es que la Doris me hacia un seco pero buenísimo.

Cierto es, para que también que la Doris cocinaba bien rico. No nos quería, nos trataba mal, pero siempre que comíamos donde vos era para chuparse los dedos.

¿Y ahora que estás comiendo?

Se me quema el agua, hermano, se me quema el agua. He bajado ya tres kilos.

Sí estás arruinado, para qué también.

Yo sí le extraño, bien solo me siento, bien solo.

Ay, hermanito, vamos a darle un sereno.

¿Cómo?

Que vamos a darle un sereno, total que perdemos. Yo te acompaño.

No es mala idea, vamos, hermano, vamos.

SE ALEJAN CANTADO

GERARDO CON EL PSIQUIATRA

Total que nos vamos a darle la serenata, doctor y qué cree, qué cree. Con otro, la muy zorra. Ahí está, ahí está, con otro, doctor. Uno no puede con eso, uno sí tiene hombría, uno no puede. Verá doctor, es que yo creo que uno no bota las cosas así porque sí. El cura dijo hasta que la muerte los separe y así tiene que ser, le guste o no. O sea, tampoco es que la Doris era todo maravilloso. O sea, como decirle, pero ella por las noches al acostarse se sacaba las medias nylon y dejaba botadas en la mitad el cuarto. ¿Cree eso posible? Cómo va a dejar botadas las medias nylon en la mitad del cuarto. Quién se puede dormir con las medias nylon botadas en la mitad del cuarto. Yo no me podía dormir. Y qué hacía, esperaba que se durmiera y luego me levantaba y les botaba a las medias nylon en el cesto de la ropa sucia. Así nomás, para que vea como era yo de bueno. Y

que no se venga ella a hacerse la que no se daba cuenta porque al día siguiente ya las medias nylon no estaban y no va a ser que vinieron los fantasmas y se las llevaron, no, pues. Sino que yo creo que en el fondo ella disfrutaba de verme que no podía dormir hasta esperar que ella se duerma para ir a botar las medias nylon. Lo que pasa es que ella era perversa, doctor, perversa era, o no le parece. O sea doctor, es que para mí la Doris sí es lo definitivo, perversa o no, no me importa. Yo, veré de joven, tuve algunas novias, pero de ninguna me enamoré así tanto como de la Doris. Lo que pasa es que a veces a uno le acosan las mujeres, qué cosa, ¿no? Parecen desesperadas. Y no es por nada, pero al hombre le gusta conquistar, o sea por algo la cacería, la pezca, los conquistadores, pues. Uno va tras el ciervo, pero por lo menos que el ciervo le haga correr a uno, porque sino doctor, qué le digo, que si viene, se ofrece, y casi se degolla él mismo. Así no pues, ya no hay gracia. Sino que las mujeres son tontitas, oiga, no es por nada, pero si dicen sí de una se va todo el juego, dirales a sus pacientes, que aprendan. Pero dirales, porque usted, sólo oyéndonos pasa. Rica vida la suya, carajo. (PAUSA) Como que me vaya, no, doctor, si era en broma, no se ponga así. Más resabiado que ha sido. Es que veré, mejor le sigo contando, la Doris, no fue fácil, por eso me enamoré. Ella cómo me hizo sufrir, no se imagina. Desde que le conocí, yo ya caí prendado, porque era perfecta, o sea no era la más bonita de todas las novias, no, porque para serle sincero, así en mis fachas yo sí he tenido 60s, 90s, 60s, no se crea. La Doris no es así 60, 90, 60, pero tiene un algo que a mí me vuelve loco y ahurita está con otro. Mal estoy, doctor. Es que vea el otro día como para tratar de olvidarme, yo salgo pues con una tal Luisa. Luisita quería que le diga, ya desde ahí ya me cayó mal. Sí, pues, como le voy a decir, Luisita, la Doris, eso me gusta de ella, no me dejaba decirle corazoncito, bomboncito, pitufita, porque parece pues pitufita, pero por lo linda, pero ella me decía, dime Doris a

secas, no me vengas con cursilerías que se me chorrea la miel, así me decía, bien dura es. En cambio esta Luisita desde el comienzo ya quería estar agarrada de la mano y bueno yo, doctor, me pegué los tragos y me dije: macho mijo, adelante soldado, para atrás ni para tomar impulso y ya, pasó de todo, doctor y no le voy a decir que no estuvo rico, sí estuvo rico, pero lo que pasa, es que, como le digo, lo que pasa es que yo no podía con su..., con su... nariz, doctor. (PAUSA) No, no era fea, pero no sé como muy ancha, como muy grande, no sé y ella que por qué no seguimos saliendo y yo tratando de ser galante, que no, que no te conviene Luisita un tipo tan complicado como yo, no que no me conoces, que soy terrible, haciendo todo para que ella entienda y se aleje, ¿pero ella acaso entendía? ¿Acaso entendía, doctor? Que ella me entiende, que no me preocupe, que me quiere apoyar, que no me ha de causar problemas y yo lo único que quería gritarle era que se viera al espejo, que esa nariz no le iba a conducir a ninguna parte, al menos no conmigo, doctor, no. Porque así fue con una novia que tenía antes de conocerle a la Doris. Bien estábamos, bien, no le miento, nos entendíamos, nos reíamos, todo bien y cuando ya, nos vamos pues a la cama, doctor, qué le digo, que le veo los pies, ay, doctor, no, no eran feos, no tenían juanetes, pero eran como no sé, como anchos, pero no es que eran así anchototototes, no, pero eran , es que como le digo, no sé. La Doris en cambio, verá ella toma agua y parece tanque, hace unos ruidos y si le contara como se embute la comida, o sea nada de clase, pero no sé, a mí me gusta, doctor, no le puedo olvidar y ella está con otro, yo sé. (PAUSA) Ella sí que fue bien dura, ¿acaso que me aflojó así de una? Tiempos pasamos, hecha la difícil, calienta huevos. Yo le extraño, doctor.

SUSANA CON EL DOCTOR

Verá doctor, lo que pasa es que yo tengo unos sueños. Sí, es que yo sueño que soy amiga de la Blanca Nieves, la Bella durmiente y la Cenicienta. Qué quiere que le diga, crecí con ellas y yo sueño que son mis amigas, pero la verdad es que la última vez ya no soñé con ellas fue bien raro porque no eran como una les ve en los cuentos, en las películas, pues, así lindas, sino que había pasado el tiempo y me puse bien triste. Soñé que me encontraba en un consultorio de cirugía estética. O sea, es que la Bella durmiente llegó gordota. Quería hacerse una lipo, una abdominoplastia, todo y que no podía cerrar los ojos para dormirse, a ella que tanto le gusta dormir por el botox y todo para reconquistarle al príncipe que había sido todo un picaflor. Es que no le ha sido fácil a la Bella durmiente, doctor. La suegra ha sido mitad ogresa y una vez casi le come. No es fácil para nadie, ¿no? Ni para la bella durmiente. Digo, peor va a ser fácil para mí. Yo sueño con casarme, pero ya creo que nunca me voy a casar. Yo qué soy, pues comparada con las princesas. La que está bien es la Blanca Nieves, porque la Cenicienta, esa pobre, es que la hermanastra le terminó mismo quitando al príncipe. El príncipe le puso los cachos con la hermanastra que resulta que no ha sido tan fea. Eso es.... Si me dejó mal el sueño, ¿usted cree que estoy loca? ¿Sabe por qué está bien la Blanca Nieves? porque ella siempre estuvo asesorada por los siete enanos. Y ellos no eran cualquier cosa, a mí tampoco me hubiera dejado el Gerónimo si hubiera contado con los siete enanos. Yo sí quisiera ser como la Angelina Jolie. Todas le admiramos a la Angelina porque todas quisiéramos un Brad Pitt. ¿Qué cómo me fue esta semana? Bien doctor. ¿Qué si le llamé? No, doctor. Le prometo, doctor. (PAUSA LARAGA DE ANGUSTIA) Mentira, sí le llamé, doctor, no me aguanté. Y nada, me dijo que le deje en paz. Así me dijo. Pero yo creo que sí me quiere, sólo que no se ha dado cuenta todavía. Pero yo le tengo que ayudar a que se de cuenta, ¿no le parece? Por eso ahora estoy

emocionadísimo porque tenemos una invitación doctor, a un matrimonio. Yo soy la dama de amor. Otra más que se casa. Pero, ¿sabe qué, doctor? Yo creo que en el matrimonio me va a proponer. Es que ya está todo arreglado con mi amiga, la novia para que yo me lleve el ramo. (PAUSA) No, él sí va a venir porque en la invitación dice Susana Jiménez y novio. Así dice, doctor, entonces como no va a venir. Claro yo le añadí lo de y novio pero él no se va a enterar porque le hice la letra igualita. Además ya compré el regalo, porque no vale que él ponga plata, no yo misma fui y compré. Así que ya le digo, yo vengo a agradecerle porque creo que esta es la última vez que me ve. O sea voy a venir a la cita de la próxima semana pero sólo para agradecerle y para invitarle a mi boda, porque usted va a ser el primer invitado a mi boda, doctor. Ay, doctor estoy tan feliz.

LETICIA CON EL DOCTOR

Limpia el asiento y mira al doctor. Porsiacaso la porcina.

Doctor, yo llegué virgen al matrimonio. Yo no había conocido otro hombre que mi Saldarriaga. No nos dejaban. ¿Se da cuenta? Y ahora resulta que me vengo a enterar que me fue infiel. Pero me vengo a enterar a los años, por una amiga, que fue mi compañera de colegio, que está con cáncer, desahuciada está, doctor. Y me llama y me dice que no se puede morir en paz si no me cuenta que ella estuvo con mi Saldarriaga. Cómo quiere que esté. Porque yo enviudé muy joven y yo siempre le puse en los altares. Que, ¿de qué murió mi Saldarriaga? Mi Saldarriaga murió con cáncer testicular, sí. Y ahora resulta que él no fue pues ningún santo. Claro, tanto tiró que le dio cáncer a los testículos. (PAUSA) Yo le cuento, ahora entre nos, que si me hubieran dejado sola, desde los quince años que yo empecé con mi Saldarriaga, yo creo que hubiera pasado de

todo, porque él, Dios mío, qué apasionado, pero nunca nos dejaron solos, nunca, y llegué virgen al matrimonio. Y a todos mis otros matrimonios también. Pero este fue especial, porque cuando una se casa por primera vez todo es maravilloso. Es como un cuento de hadas. Yo me acuerdo del vestido. Era de satén y la cola, la cola era de encajes que mi mamá encargó a París. No cabía de la ilusión y ahora me vengo a enterar que me ha traicionado y con mi amiga. Yo me fui al cementerio y le quité las flores. Ahora que se pudra, bueno que se siga pudriendo, porque yo a él le puse en los altares. Entonces simplemente yo he decidido no llevarle más flores. (PAUSA) ¿Qué le cuente sobre mi segundo marido? De él también enviudé, doctor. ¿Qué como murió? (PAUSA LARGA) Yo le maté, doctor. (PAUSA) Es el padre de mis hijos. Yo tengo dos varones. No me mire con esa cara. No soy la viuda negra. En realidad está vivo y coleando. Lo que pasa es que yo le maté en mi corazón. Para mí está muerto, por eso digo a quien me quiera escuchar que enviudé dos veces. Es que ese hombre no merece ni una mirada, no merece ... no merece. La verdad es que lo único que se merece lo peor, doctor. Yo creo que tiene que podrirse en el infierno. Yo a él lo encontré en mi cama, en nuestra cama matrimonial con la empleada. Sí, doctor y una tiene que tragarse todo. Una tiene que ser digna. Así que me fui, pero como harta plata tiene le saqué todo lo que tenía. Le dije al separarnos: Esto te va a salir carísimo, porque te metiste con esa p... No hay otra palabra para ella. (PAUSA) Al tercero sí lo dejé yo. Era muy aburrido, pero también tenía dinero. Es que los hombres a veces no saben dar placer. Él no sabía. ¿Usted sabe que según las estadísticas las mujeres podrían tener muchos hombres en un día y sentir muchos orgasmos? Los hombres no pueden, los hombres se agotan. Sí lo sabré yo que soy multiorgásmica (Esta última frase la dice como susurro) Y ahora Fabricio. A él lo mantengo yo. Y seguramente es la plata que me ha sacada la que se está gastando en la

p... en la p.... En la pupera esa. Pero yo pienso que me estoy recuperando un poco, doctor. (PAUSA) Sí, he aceptado una cita. Me encontré con un viejo pretendiente hace unos días y me invitó a salir. Y acepté.

LETICIA Y LUIS EN EL RESTAURANT

Leticia entra a un restaurant. Mira para un lado, para otro.

En la mesa la espera Luis. Se levanta para saludarla.

LUIS: Siempre tan guapa.

Leticia le sonríe.

LUIS: Te pienso llevar luego de la comida a escuchar a una cantante de tangos maravillosa.

LETICIA; Qué bien, me encantan los tangos.

Luis sonríe.

LUIS: Me permití ordenar para sorprenderte. Pedí langosta.

Leticia como que está en otra.

LETICIA: Gracias. Me disculpas un momento.

LUIS: Por supuesto.

Leticia se aleja y marca un número.

LETICIA: Estás con ella, ¿verdad? No me mientas. Yo sé que estás con ella. No, la verdad es que no me importa. Claro, hecha la linda, hecha la inocente. Ya me imagino. No si no me importa, ya te digo. ¡Qué no me importa! (le grita y cuelga el teléfono)

Luis ha escuchado bastante.

Leticia regresa y le sonríe.

Le toma la mano coqueta.

LETICIA:  A dónde me dijiste que me llevabas?

LUIS: (ligeramente nervioso por lo que acaba de escuchar) A escuchar a una cantante de tangos. Pedí langosta.

LETICIA: A qué lindo, me encantan los tangos.

Luis gira la cabeza.

Entra la mesera con los platos.

LUIS: Llegó la entrada. Mejillones a la crema.

Y mira a Leticia con gran sonrisa.

LUIS:  Si le gusta mi Leti?

Leticia sonríe, pero claramente est  en otra.

LETICIA: Disc lpame. Un momento.

Luis la mira nervioso.

LUIS: Claro, por supuesto.

Leticia se levanta y otra vez marca un número de teléfono de su celular.

LETICIA: Por respeto aunque sea debías disimular. No, si yo s  que est s con ella. Pero no te creas que tú vas a rejuvenecer sólo porque ella tiene veinte años menos que t . Ella tiene veinte años menos, pero tú seguirás teniendo veinte más, te digo y no veinte más, veinte y cinco años más. Y te lo digo as  como amiga, por el cariño que te tengo. Y algún rato ella te va a dejar por alguien más joven, así nomás es, para que veas.  Te va a cuernear de lo lindo!  Te va a sacar la plata!  Te va a dejar arruinado!  Y

por más viagra que tomes te va a seguir cuerneando! (Le cuelga el teléfono)

Regresa a la mesa. Sonríe, pero cada vez más molesta.

LETICIA: Es que a él ya no se le para pues con mucha facilidad. ¿A dónde es que me ibas a llevar?

Luis la mira cada vez más nervioso.

LUIS: A escuchar a una cantante de tangos, pero la verdad creo que podemos dejarlo para otra ocasión. Si estás cansada, te puedo llevar a la casa después de la entrada.

Leticia lo mira molesta.

LETICIA: No estoy cansada. ¡Cuál es el problema! O es que tú estás cansado. Porque si tú estás cansado me dices de frente y tranquilo.

LUIS: No, no, cómo vas a creer, si desde hace años que sueño con salir a comer contigo Leticia, tú sabes, toda la vida, toda la vida te he buscado y tú siempre tan distante. No, por mí encantado. Faltaba más.

LETICIA: ¡Entonces por qué me amenazas! Si los hombres lo único que quieren es pizpiretas como la...

Hace una gesto.

LETICIA: ¡Niña!

Llega la mesera.

Leticia la señala.

LETICIA: Como esta muchachita, con cara de inocente. Si no crean que no me doy cuenta.

Luis se siente abochornado con todo lo que ocurre, al igual que la mesera.

LUIS: Por favor, Leticia, date cuenta como nos miran todos.

LETICIA: ¡Es que no me importa! Por una vez no me importa. Porque no hay ridiculez más grande que un viejo guatón con una jovencita. Es que hay que verles, se creen de quince, se compran motos, deportivos, no y todo para jactarse, se visten de cuero, jeans ajustados. Ridículos es lo que son.

La mesera se le acerca.

MESERA: ¿No quiere una agüita para calmar los nervios?

Leticia la mira feroz.

LETICIA: Sí, pero no una agüita, un vaso de agua.

La mesera sale a carrera y regresa con un vaso de agua. Leticia se lo va a tomar pero al escuchar a Luis cambia de opinión.

LUIS: A mí no me gustan las jovencitas. A mí me encantan maduritas, a mí no me gustan las jovencitas. A mí me encantan así como tú, ya de edad y todo, no jovencitas, no, nada que ver.

Leticia se lo echa a Luis y se va.

Luis se queda muy triste.

La mesera lo mira preocupada.

LUIS: Le pedí langosta.

SUSANA SE ENCUENTRA CON SUS AMIGAS EN LA BODA

LILIANA: Esta es la última vez que yo vengo a la mesa de las solteras. Miren (Y muestra emocionada su anillo) 24 kilates. Es Cartier, no es cualquier cosa.

CATA: ¿Haga ver? Me muero qué belleza. Se suponía que hoy también le proponían a la Susanita y total nada que llega el famoso. Cuéntenos bien como fue todo, Susanita, aunque yo creo que ya mismo ha de llegar, no pierda las esperanzas.

SUSANA: No, no pierdo, algo le ha de haber pasado, pero ya he llamado cien veces y no responde. Yo sí creo que le ha de haber pasado algo. ¿Ya llegó la Pepita?

LILIANA: Amiguis, usa mi cel... O sea. (Le timbra el celular) Disculpen, luego te presto. (Responde el cel) Aló, ola amiguis. Aquí en la boda de una amiga de colegio. O sea, es que soy dama de amor. ¿Te imaginas? Media naco, es que no es como la boda de los Noboa, pero qué le vamos a hacer. Sí, amiguis, me caso... Qué te parece! Sí para vernos uno de estos días, ya amiguis, bye, chaito. (Cuelga el cel. Y como que se disculpa) Bueno, es que es verdad que esta boda no está así que digamos de lo mejor.

CATA: Claro como usted es tirada a sangre azul y demás nos ningunea. Eso no está bien, Liliana, por más que se vaya a casar con ese novio tan rico que tiene, pero verá no sé si le irá a ir tan bien, porque como él es divorciado y tiene dos hijos, a usted igual les toca cuidarles, no crea y verá que le han de hacer la vida imposible. Cuidará sus perfumes.

SUSANA: Cómo así, que tienen que ver mis perfumes con los hijos del Pedro, o sea... No te entiendo.

CATA: Que verá, la Margarita, se casó también con un hombre divorciado? y qué creen, que creen que la hija mayor que ya estaba entrando en la adolescencia? Se encerraba en el baño y le vaciaba los perfumes y no ha de creer que eran unos perfumes carísimos. Y en el excusado le vaciaban. Dura es la vida de las madrastra, no se crea, canas verdes le han de sacar, ya va a ver. Porque el cuento de las madrastras en los cuentos de hadas no son tan ciertos. Los hijastros son cosa seria ver. Pero sabe qué? No vale que le siga llamando. La Susanita digo, no vale.

SUSANA: Entonces qué hago, slo le mensajeo?

LILIANA: No vale, pero es que si está tan preocupada. Eso le pasa por no hacerme caso. Porque si se hubiera portado pilas desde la primera cita otro será el cuento, ya

CATA: Usted si que es mala, Liliana, sólo porque ya tiene anillo quiere que la Susanita se siga humillando, ya que no le llame. Mejor, chupemos, Susanita, yo vine a emoborrarme y a hablar de lo que nos quita el sueño, es decir de los hombres. Y nada que nos vienen a sacar a bailar. Estn todos tan feos que yo ya le estoy viendo guapo al mesero. Pero mal me han de ver si le saco a bailar al mesero. Lo que pasa es que todos los guapos ya están casados y los que quedan son gays o sin dinero y esos como bien dice la Liliana no vale porque toca mantenerles, aunque a estas alturas con tal de tener algunito aunque toque costearle todo. Pero vea, Susanita, para pasar el tiempo, cuente, cuente cómo fue, desde el principio y después si mismo mismo no viene yo le recomiendo que haga el eneagrama para que le olvide de una vez por todas. A ver, cuente, cuente. Mientras tanto comamos y chupemos, a falta de otra cosita. (SE TOMA UN TRAGUITO)

SUSANA: Verán, yo estaba tan feliz. Desde la mañana me preparé. Me fui a hacerme depilar, luego me fui a la peluquería, a dos peluquerías porque en la una saben coger bien el color, pero no cortan tan bien, entonces me fui a la una para que me hagan las mechas, luego me fui a la otra para que me corten las puntas y me peinen mientras me hacían la manicure y la pedicure. Es que quería estar perfecta para el momento en que el Juan me pida matrimonio. Llegué a la casa ay le pedí a una amiga, ¿la Celeste?, que maquilla divino que me ayudara y ella, emocionada pues de oír que ya me iban a proponer matrimonio se vino volando. Yo, ni una vez no le llamé al Juan para que no fuera a pensar que estaba desesperada. Sólo ya cuando estuve lista, pero así ya con vestido y todo le llamé y qué pasa que ha estado viendo el fútbol y no se ha acordado.

CATA: Quesf, me muero, no puede haberse olvidado de algo tan importante, hombre.

SUSANA: Ahí está que se olvidó. Yo que le llamo y le digo: Hola, Juan, ¿Ya estás listo? Gooooool, Gooooolpe de cabeza me sale diciendo, listo para donde. Para el matrimonio le digo yo. Cuál matrimonio si yo no me quiero casar, me contesta. Yo me hice la loca, como que no le oía esa parte porque eso dicen todos, pero todas sabemos que no lo piensan verdaderamente, que los hombres están locos por casarse, sólo que tienen miedo. Entonces yo para calmarle le dije, para el matrimonio de la Lolita, si yo soy la dama de amor. Pero si yo te dije desde hace dos semanas, le recalqué. Si te llevé al sastre para que te haga el ternito así como está a la moda. Si vos me prometiste, Alberto.

LILIANA: Ay, amiguis, y qué te contestó.

SUSANA: No se portó mal, no, me dijo: Ve, Susanita, como vos no puedes llegar tarde porque eres la dama de amor adelántate en un taxi amigo que yo ya llevo.

CATA: ¿En un taxi amigo? Jesús eso no me gusta.

LILIANA: Para nada, o sea qué de lo last.

SUSANA: (molesta con las amigas) No a mí me pareció comprensivo porque lo que pasa es que él no quería que yo llegue tarde, entonces más bien se preocupó y por eso me mandó en taxi amigo, pero ahora no llega.

LILIANA: Ay chicas, ustedes que no me hacen caso, pasa que son muy acosadoras, la clave es no darles papaya, ahí les tienes comiendo en la palma de la mano. La próxima vez que le invites a tu cita a la casa, háganme caso chicas, no le des de comer nada especial. Solamente haces un canguil para ti y te sientas a ver la tele. Si te pide algo, le ofreces un poco. Qué vas a estar gastando pólvora en gallinazo. ¿Quieren anillo? Háganme caso. Lo que pasa es que vos, Susna, eres tan pero tan no sé ni qué palabra utilizar pero tan preocupada, llamémoslo así que le agotas. Ahí ha de seguir viendo el fútbol si hoy jugaba la Liga contra el Barcelona.

SUSANA: No, sí salió de la casa porque yo llamé y me contestó la mamá y me dijo que ha salido elegante y todo, entonces definitivamente le pasó algo. Para mí que le pasó algo.

LILIANA: Ay, por favor, llama de mi cel, porque ya me estás agotando y salgamos de dudas. Si contesta mi cel es que te está engañando porque el tuyo no contesta.

CATA: Llame, llame, mijita y salgamos de dudas.

SUSANA TOMA EL CELULAR DE LILIANA Y MARCA. SE LA SIENTE NERVIOSA.

SUSANA: Ya está timbrando. Aló, ¿Alberto? ¿Estás bien? Como que quien soy, Susana, quién más va a ser.

LILIANA: Ahí estuvo, pero si está clarísimo, clarísimo, clarísimo.

SUSANA: (Molesta) Sólo porque llamo de otro celular, contestas, ¿no? ¿Dónde estás! Por qué no vienes. ¿Cómo? ¿Qué qué? (Mira a las amigas) Dice que se ha quedado con el auto dañado. (Vuelve al teléfono) Pero oigo música. Como que te tocó ir a buscarle al mecánico. Adónde. ¿A Guamaní? Y qué tiene que ver Guamaní con la música. ¿Qué le encontraste en una cantina? ¿Y entonces qué? ¿Te sigo esperando? Cómo que se está yendo la señal. Juan, Juan, Juan!!!!!!

CUELGA EL TELEFONO Y VUELVE A MARCAR. EL TELEFONO LE RESPONDE: BUZON DE MENSAJES. MIRA A SUS AMIGAS.

GERARDO

CONCLUSION

Los tres personajes caminan por diferentes lados de la ciudad.

LETICIA: Mis requisitos han cambiado. Yo antes quería alguien de uno ochenta y cinco porque yo soy alta, ahora ya pido de uno ochenta. Antes quería alguien diez años menor que yo, ahora pido de cinco.

GERARDO: El cura dijo que para toda la vida. Hasta la muerte los separe dijo bien clarito.

SUSANA: Hola. ¿Mañana? Pero claro, si quieres yo te cocino. (Se queda un momento en silencio y recuerda sus errores pasados) No, no puedo mañana, no sé. Tengo otro compromiso. Tal vez pasado mañana. Me llamas para ver.

